y un gabinete casi vacíos y como amueblados deprisa, y llegamos á una alcoba; una habitación grande, con suelo de ladrillo y paredes enyesadas y sin otro mobiliario que un lecho de hierro, una mesita de noche sobre la cual dejé la vela, y varias sillas. Don Angel exclamó sentándose, sofocado:

—¿Tú vives aquí?... ¿Y vas vestida como una princesa?... ¡Si parece mentira!...

Me estremecí; repentinamente había tenido la intuición neta de haber cometido una acción villana y quise huir para sustraerme cuanto antes á la corrosiva ponzoña del remordimiento.

—Espere usted—dije;—voy á buscar un vaso de agua.

Atravesé corriendo el gabinete y la sala y llegué al recibimiento, donde Pepe permanecía sin cerrar la puerta, esperándome; me pareció que llevaba en la mano, sujeto á la muñeca por una correa, un bastón corto y nudoso. Al salir á la calle vi en la esquina de la calle de Segovia un coche de alquiler, y corrí desalada hacia él; dentro esperaba Felipe; advertí en su rostro una extraordinaria expresión de anhelo.

—¿Se arregló todo?—dijo.

—Todo...

El vehículo había echado á rodar hacia Puerta Cerrada; en el silencio de las calles solitarias me pareció oir un grito lejano.... luego, otro.... El vizconde del Pretil alentó fuertemente, como si mi presencia acabase de aliviar su pecho de una grave opresión.

—¿Ves, tonta—dijo,—cómo mi plan era muy sencillo?...

No respondí, temiendo que la curiosidad me inspirase nuevas preguntas. Una semana después el vizconde del Pretil me dijo que aquel verano, muy contra su deseo, no podríamos salir de Madrid, porque su primo don Angel Fabricio de Orts, había muerto, circunstancia por la cual él llegaba á heredar íntegra la cuantiosa fortuna de su tío don Ramón, marqués del Consejo. Hacia tres ó cuatro años que Felipe y su primo sostenían un pleito ruinoso; no obstante, la muerte de su rival parecía haber impresionado al vizconde dolorosamente.

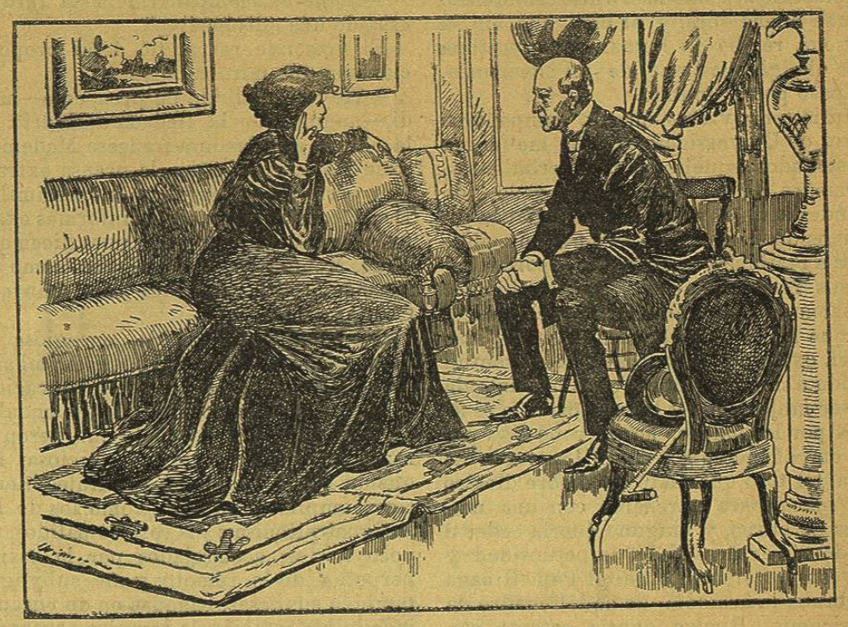
—Al fin era un hombre—decía—con quien he jugado de niño muchas veces....

No creo en la sinceridad de estas palabras y, sin saber por qué, barajo en mi imaginación la figura del difunto don Angel Fabricio de Orts, con la de aquel don Angel á quien yo llevé con engaño á cierta casa de la Travesía del Conde. ¡Y que los limpios de espíritu me perdonen este sesgo un si es no es oblicuo de mi pensamiento!

Por la noche comuniqué á Julio Maldonado mis temores.

—Sea como fuere—dijo—procura intervenir lo menos posible en los asuntos del vizconde, pues le creo hombre peligroso.

Aquel año Julio aprobó el tercer curso de Derecho y era un mozo muy espigado y simpático; arrancada por la ilustración y el ejemplo continuo de mi buen trato, la leve corteza plebeya que tenía cuando le conocí, adquirió su persona aquella inconfundible distinción de sentimientos y de modales por la que yo comprendía el origen noble, genuinamente aristocrático, del pobre huérfano y esa poderosa vida cerebral que suele caracterizar á los hijos de las ardientes pasiones ilegales. Viéndome en relaciones con el vizconde del Pretil, Julio sufría, pero represaba sus celos, comprendiendo su inferioridad y la necesidad que yo, por mis obligaciones, los compromisos contraídos con ciertas personas y mi afición al lujo, tenía de pertenecer á un hombre rico. El dolor, sin embargo, de mi protegido, decreció ostensiblemente durante los dos últimos años, merced á un nuevo sentimiento de conformidad y resignación, cuyo verdadero origen desconozco aún. Yo, que le quiero con toda mi alma, también padecía viéndole sufrir. Pero, ¿qué hubiera sido de él y de su carrera si yo, por no lastimar ciertos afectos, hubiese trocado mis lucrativas costumbres de cortesana por otras menos desgobernadas y licenciosas? Julio era una obra mía, un hijo; por salvarle del fango donde le hallé, hubiese rebasado los límites de lo abyecto. Y, no obstante nunca le quise como á Perico Francos; á veces creo amarle menos, otras más...



—Se trata—dijo—de llevar á un individuo muy mujeriego á cierta casa. (Pág. 155)

No sé: de todos modos y aunque las formas ó apariencias de tales amores sean idénticas, estoy cierta de que son dos sentimientos perfectamente deslindados y desemejantes. A Pedro yo no hubiera podido burlarle con nadie: era mi amante, un verdadero amante que me poseía con pleno dominio de mi cuerpo y de mi pensamiento, y fué la pasión que por él sentí, pasión juvenil, llena de ingenuidad, robustez y salud. A Julio, por haberle conocido en otra época, cuando mi espíritu estaba más desjugado, le amé de otro modo: me enorgullecía trocar en hombre ilustrado y de provecho, á quien hallé camino del hospital, del presidio ó de la miseria; aquello era un engendro mío, mi lujo mayor y más excelente. En nosotras, las heteras, todo es borroso, y así como generalmente perdemos nuestro verdadero nombre al substituirlo por otro de guerra ó de escándalo, de igual modo vamos perdiéndolo todo: carácter, criterio, esperanzas, fe... Por miedo á este íntimo anulamiento, he luchado por salvar de todos mis naufragios la ilusión de un amor: primero quise á Pedro, después á Julio. Pedro fué para mí sol y alegría, mañana y ayer, todo... porque fuera de él empezaba para mi alma el vacío. Julio es el complemento de mi felicidad; viene á ser el hijo que refuerza los vínculos de un matrimonio que amor compuso; es algo más espiritual que físico, como si él abreviase el cariño que dediqué á todos los seres que ya he perdido: no acierto á

explicarme... Y además, Julio Maldonado es una buena obra, y el bien que en su persona recibe la humanidad, legitima ante el rígido tribunal de mi conciencia, mi paso por el mundo.

Julio tenía varios amigos, compañeros suyos de Universidad; algunos me fueron presentados: aquellos mozos turbulentos, gérmenes de médicos, de abogados, de grandes artistas quizá, me recordaban los amigos de Perico: este recuerdo me obligaba á recibirles amablemente, perdonando sus impertinencias y aun echándoles de menos en mis raras tardes de soledad, porque me reconozco más alegre y más joven oyendo á toda esa loca juventud riendo á mi alrededor. Todos hacían gala de ser mujeriegos y borrachos; éste se finaba por los naipes, aquél robó á su padre empeñándole por dos mil reales la cabeza del toro que mató al célebre diestro *Cartagena*, para marcharse con una modista de bureo, y ninguno quería ceder á los demás en desenfado, impetuosidad y travesura. Solamente un tal Pepe Rinaga quebraba la armonía de aquel cuadro de manicomio. Rinaga quería casarse con una mujer rica, para componerse de sopetón y sin pesadumbres un porvenir seguro y tranquilo como los caminos en línea recta. Yo solía burlarme cruelmente de aquellos propósitos con algazara y júbilo de todos.

—Mire usted. Rinaga—decía yo,—el matrimonio y el suicidio, aun siendo perfectamente antagónicos, pues aquél es una esclavitud y éste una liberación, se parecen por la semejanza que tiene todo lo irremediable ó definitivo. El hombre, que ya no sabe qué hacer y abomina de su independencia porque gustó todos sus placeres, piensa: «Aun puedo remediar este mal, casándome.» Y el suicida dice: «Todavía me queda el recurso de darme un tiro.» Como ve usted, ambas son medidas radicales que únicamente deben adoptarse á última hora...

10 Junio.

En cuanto Felipe reina llegó á mi casa, le pregunté:

—¿Quieres acompañarme esta tarde á casa de una adivinadora?

El vizconde respondió á mi proposición con una miraba burlona.

—Hoy he recibido un prospecto—añadí,—anunciando la llegada á Madrid de la célebre adivinadora francesa Mademoiselle Memphis, á quien la prensa extranjera atribuye maravillas inverosímiles. Deseo conocerla y pedirla informes exactos acerca de mi porvenir, pues dicen que Mme. Memphis lee en lo futuro como en las páginas de un libro bien impreso. Conque, ¿vienes?...

Felipe, siempre amable, encogióse de hombros: estaba á mi disposición; mi alegría fué grande. Yo, si no por educación, sí por temperamento, (al fin soy andaluza y mi padre y mi abuelo lo fueron y raza obliga,) soy algo supersticiosa: me gustan las adivinadoras, sus trajes hieráticos, amplios y graves, como los de las antiguas pitonisas; sus rostros pálidos, un poco tristes, acongojados por la visión perpetua de lo remoto; y me subyugan también sus casas, bañadas en un encanto indefinible, especie de templos consagrados á Jano, el dios que mira simultáneamente con sus dos caras al porvenir y á lo pasado, ó de antesalas místicas, en que se atisban los indecisos horizontes de lo que ha de ser, de las nebulosas en gestación, de los días que no han amanecido aún...

En la calle de San Marcos, delante de la prodigiosa capilla desde donde madame Memphis registraba el misterio de las horas que iban llegando, había algunos coches; eran las siete de la tarde de un lloviznoso día de otoño. El vizconde y yo, modestamente vestidos, atravesamos el zaguán y subimos la escalera; una escalera elegante, limpia y clara; la camarera que salió á recibirnos nos condujo á un salón moderno, amueblado con sobriedad de buen gusto, donde esperaban turno para interrogar á la adivinadora ocho ó diez personas, entre hombres y mujeres. Todos callaban, como preocupados por hondos y graves pensamientos, ó por el ridículo de hallarse reunidos allí: al aparecer nosotros todos nos miraron atentamente, y yo quise descubrir en aquellos ojos una sombra de ironía; pero me equivoqué: eran miradas ingenuas, tristes, como la de los enfermos á quienes el dolor congrega en las antesalas de los médicos. De vista, por lo menos, unos y otros nos conocíamos: ellos eran degenerados; ellas pertenecían á esa nutrida falanje de señoras lunáticas, perseguidoras incansables de la sensación nueva, que amenizan sus ocios escribiendo cartas de amor á los artistas en boga.

En vez de aquel salón burgués yo hubiera preferido una habitación sombría, poblada de esqueletos, retortas y pavorosos jeroglíficos, como aquellos que ornaban los laboratorios de los nigromantes medioevales; pero, no: los muebles eran sencillos, el suelo estaba bien alfombrado, los cortinajes de color amarillo proporcionaban al espíritu agradable emoción de bienestar y quietud. Los clientes de la adivinadora iban desapareciendo uno tras de otro por la puerta de un gabinete contiguo...

—Pueden ustedes pasar—dijo por allá dentro una voz dulce.

Entramos. Mme. Memphis era una jamona de mediana estatura, intensamente pálida, con la boca triste y los cabellos y los ojos negrísimos: vestía sencillamente y su semblante y actitudes revelaban un tedio muy en armonía con el carácter que debe tener quien presuma saberlo todo. Creo que á la primera ojeada madame Memphis, no en virtud de don profético alguno, sino por su larga práctica de la vida, comprendió las clases sociales á que el vizconde y yo pertenecíamos. Sentada delante de la adivinadora y sin hablar, la presenté respetuosamente mi mano izquierda, que ella palpó, miró y registró por todas partes; de cuando en cuando fruncía las cejas y sus ojos penetrantes iban y volvían de Felipe á mí. Después me mostró un cesto lleno de flores, invitándome á formar un pequeño ramo con las que más me gustasen, pues, según dijo, hay relaciones constantes entre el espíritu del sujeto y las flores por él elegidas como bonitas ó mejor olientes, y estas conexiones son uno de los delicadísimos medios que los quirománticos emplean para romper las fronteras del mañana.

—¿La agradan á usted los geranios?—preguntó.

—Sí.

—¿Y los alelíes?

—Mucho.

—Aquí veo dos violetas...

—Es mi flor favorita.

—Bien... bien...

Mientras hablaba con lentitud preocupada, sus grandes ojos inmóviles descubrían el tenaz proceso razonador del pensamiento. Hubo un largo silencio, pasado el cual Mme. Memphis comenzó á decir como entre sueños:

—Las violetas, combinadas con los alelíes y los geranios...

Fué una relación rara, incongruente á ratos y bastante larga, de la que no recuerdo. Acabó prediciéndome que moriría rica y que dos hombres se matarían por mí.

—No puedo, por hoy, decir más—agregó;—he trabajado mucho y estoy fatigada.

La consulta había concluído; el vizconde del Pretil y yo nos retiramos depositando sobre una bandeja de plata primorosamente cincelada, que Mme. Memphis nos presentó, un billete de veinticinco pesetas.

Cuando Fortunato Muñoz supo el sombrío vaticinio de Mme. Memphis, le vi compungirse.

—Uno de esos muertos—dijo—seré yo.

—¿Por qué?

Se alzó de hombros; no lo sabía; pero estaba cierto de que sería así. Es inverosímil lo que aquel niño angelical había llegado á quererme; casi todas las tardes iba á verme, contentándose alegremente con las dulzuras que yo quisiese darle; para no marcharse de Madrid con su familia que todos los años veraneaba en Biarritz ó en San Juan de Luz, tuvo la habilidad de saber fingirse enfermo; creía ciegamente en aquella simplicísima his-

toria de amores que yo inventé para reivindicarme á sus ojos y serenar sus inquietudes; yo era la mejor, la más inocente, y compasiva de las mujeres, y todos los meses mi pobre amiguito, con amaños y economías que nunca descubrí, me regalaba trescientas ó cuatrocientas pesetas que yo aceptaba de aquellas manos puras pensando en mi iglesia.

A mediados de Diciembre supe que Fortunato Muñoz había muerto bajo las ruedas de un tranvía: la víspera el pobre niño estuvo en mi casa y parecía, como siempre, risueño y feliz. ¿Cómo explicar su muerte? ¿Se trataba de un accidente fortuito ó de un suicidio?... Pensé con terror en la profecía de Mme. Memphis: dudas terribles destrozaban mi alma. Por la tarde Mariano Cortés vino á verme; yo estaba sola.

—¡Te has lucido!—exclamó el novelista, que, contra su costumbre, parecía muy emocionado.—¡Te has lucido!...

—¿Por qué?—dije;—¿qué sabes de Fortunato?

—Nada nuevo; lo que sabes tú: que murió anoche.

—¡Murió!

—Sí; le mataste tú.

—¡Yo!

Me abalancé á él y trabándole nerviosamente por las solapas del gabán le zarandeaba, exigiéndole la explicación perentoria, decisiva de aquellas palabras enigmáticas.

—¡Habla... di!... ¿Qué sabes?... Sé franco... ¿Por qué le maté yo?.

Mariano Cortés lentamente, como escritor que se resuelve á redactar una cuartilla conmovedora me refirió la catástrofe; él presenció la terrible escena.

—Fortunato—dijo—salía de Fornos y atravesaba reposadamente la calle de Alcalá en dirección á la de Sevilla. Yo, por lo que luego te diré, salí del café tras él, resuelto á vigilarle desde cierta distancia.

En aquel momento; dos y cinco minutos de la madrugada, la plazoleta que hay ante el Palacio de la Equitativa, estaba despejada y tersa como la superficie de un estanque helado; el coche número 109 venía de la Puerta del Sol cargado de viajeros, y avanzaba con esa velocidad brutal, irrefrenable, del último tranvía, como hundiéndose en el cono luminoso que delante de él alargaban sus refiectores eléctricos. Al ver á Fortunato que cruzaba la calle con paso firme y tranquilo, el conductor del coche tocó repetidas veces el timbre de alarma, pero sin miedo, pues un atropello en aquellas circunstancias, parecía imposible. El tranvía seguía avanzando y Fortunato también; ya sólo mediaba entre ellos, dos ó tres metros; Muñoz miró al coche impávido, como sonámbulo que no aprecia sus sensaciones y dió algunos pasos hacia los rieles por donde en aquel momento supremo pasaba la muerte. Yo empecé á gritar. El conductor, comprendiendo la inminencia del peligro, dió media vuelta á la manivela reguladora, cortando la corriente y agarrándose desesperadamente al freno. Ya era tarde; Fortunato fué arrojado contra el suelo. Entonces comprendí que no se trataba de un suicidio, sí de una distracción casi inexplicable; porque Muñoz, aturdido momentáneamente por el golpe, trató de levantarse, perneando entre los pliegues de la capa que le embarazaba, extendiendo sus brazos crispados como para contener á la muerte. Pero el tranvía, en virtud del terrible impulso adquirido, rodó sobre su víctima con una especie de voracidad consciente y al fin la arrolló, magullándola bajo su pesada mole...

La emoción y el dolor habían secado el ordinariamente copioso raudal de mis lágrimas.

—Habla—dije,—habla... cuéntame todo lo que sepas.

—Repito—contestó Mariano—que Fortunato no es un suicida; cuando la muerte le salió al paso, él no la vió. No obstante, estoy seguro de que fuiste tú... quien le mató.

Según él, la psicología de aquella negra desventura, fué la siguiente:

—Cuando Fortunato y yo—continuó Cortés—llegamos al café, había en las mesas donde suelo sentarme, diez ó doce personas, artistas en su mayoría: pintores, escultores, poetas... Como supondrás, la presencia de Muñoz pasó inadvertida; apenas si los que estaban más cerca de la silla donde el pobre muchacho se sentó, volvieron un poco la cabeza para mirarle... Se hablaba de arte y de mujeres; se recordaban nombres: Martina Olivares, Augusta, Consuelito Vera... De pronto, el músico Sánchez-Garfin pronunció el tuyo. Yo miré á Fortunato y le vi palidecer...

—¿Y cómo le permitiste oir aquellas infamias?—grité furiosa.

—¡Bah!—repuso Mariano en el mismo tono,—¿y quién hubiera sido capaz de arrancarle de allí?...

Continuó:

—A la indiscreta pregunta de Sánchez-Garfin, contestó otro, un pintor, diciendo que eras una de las mejores mujeres que habían pasado por su estudio. En aquella tertulia, querida, tienes varios amigos fervorosos: unos ponderaban tus caderas y tu cuello, otros tus brazos, y todos, recordándote, levantaban los ojos al cielo, como en éxtasis. Fortunato había palidecido hasta la lividez, pero continuaba inmóvil, los codos sobre la mesa, la cara entre las manos...

Yo, no sabiendo cómo terminar aquel suplicio contribuí á prolongarlo cambiando bruscamente de conversación; algunos creyeron que tu recuerdo me molestaba.

«Mariano — dijo Vinarey — también ha visto los ojos de Isabel de muy cerca...» ¿Qué querías que yo hiciese? ¿Cómo atajar aquel flujo de indiscreciones y obscenidades, ni cómo advertir á la tertulia, con un rápido guiño, que delante de Fortunato nadie hablase de ti?... Recordaron tus años de miseria, tus relaciones con el marqués de Lágaro, tus amores con un organillero, tu viaje á París y cómo don Facundo te adquirió en una rifa por dos mil y pico de pesetas: ¡qué sé yo?... Todos tus secretos, todas tus locuras, todas tus vergüenzas, salieron allí... De repente Fortunato Muñoz balbuceó:—«Me ha engañado...» Y levantándose difícilmente, salió del café sin saludar á nadie; tu imagen llenaba su cerebro, iba inconsciente, caminando como un autómata. Yo, adivinando una desgracia, le seguí. Lo demás ya lo sabes. Por eso digo y repito, que fuiste tú, quien le mató...

Entonces mi pena, la inmensa pena que la muerte de aquel pobre niño me causaba, estalló en sollozos. Me cubrí la cara con ambas manos.

—Déjame—murmuré,—déjame llorar.

No, yo no era responsable de su muerte, ni él, ni tampoco ninguno de los que, inadvertidamente, fueron rompiéndole el corazón golpe tras golpe. En estos casos, como escribió Flaubert sobre la última página de un libro admirable, la culpa la tiene la Fatalidad.